

des, situando el texto fundacional de Lange (1554) en el seno de un debate coetáneo sobre dicha cuestión e investigando con mayor profundidad su relación con las fuentes clásicas, especialmente con el hipocrático *Sobre las enfermedades de las vírgenes*. El capítulo 3 —«The Menstruating Virgin» (pp. 67-93)— se centra en el fenómeno de la menstruación y en la práctica de la sangría, analizando las aportaciones de la medicina hipocrática y galénica en relación con la anatomía y fisiología del cuerpo de la joven y, a continuación, los cambios en la percepción médica de la pubertad hasta el siglo XIX. El capítulo 4 —«Dietary Factors» (pp. 94-115)— aborda el papel de la dieta en la clorosis, explicando la relación que el mal funcionamiento del hígado y del colon pudieron tener con la enfermedad. En el capítulo 5 —«'The Laboratory came to the Rescue': Technology and Chlorosis» (pp. 116-138)—, King considera el papel que pasó a desempeñar la tecnología en el diagnóstico y tratamiento de la clorosis, demostrando también, a través del estudio de fuentes diversas, la percepción que las propias mujeres tenían de la enfermedad. Pese al desarrollo de las nuevas tecnologías de diagnóstico y tratamiento durante el siglo XIX, los nombres que se le habían otorgado, alusivos a la virginidad y a la menarquía (y, por tanto, a la juventud), contribuyeron a arraigar en la conciencia colectiva la idea de que el matrimonio era la cura ideal. No cabe duda, en conclusión (pp. 139-141), de que la concepción de «mal virginal» evolucionó adaptándose a las nuevas ideas sobre el cuerpo de la mujer y a la ansiedad social que siempre generó la puber-

tad femenina, y de que, en cuanto que enfermedad firmemente anclada en la tradición clásica, «its rise corresponds to the Renaissance rediscovery of the ancient Greek medical texts, while its fall occurred as those texts finally lost their power over medicine» (p. 141). A la breve conclusión le siguen un apéndice en que se edita el texto latino de Johannes Lange (pp. 142-143), interesantes notas a los diferentes capítulos (pp. 144-161), una nutrida bibliografía (pp. 162-187), y un índice de conceptos y nombres propios (pp. 188-196).

En el prefacio (pp. vii-viii) que precede a este excelente trabajo explica Helen King que, aunque ya Porter y Rousseau sentaron un precedente en su estudio sobre la historia de la gota, señalando que «no apology is needed for writing the history of a malady and its cultural representation»¹⁴, ella se siente en la obligación de disculparse. En primer lugar, porque trazar la historia de una enfermedad parece un objetivo metodológicamente dudoso, especialmente cuando no sabemos si se trataba de un conjunto diverso de enfermedades que recibieron una misma denominación o de un conjunto de síntomas que recibió diferentes nombres pero que mantuvo su identidad esencial a pesar del torbellino de la evolución médica. Y, en segundo lugar, porque sabe que, en tanto que historiadora del mundo antiguo, al estudiar la evolución de la enfermedad desde sus orígenes en el siglo XVI hasta su declive en el siglo

¹⁴ R. Porter y G.S. Rousseau, *Gont: The Patrician Malady*, New Haven, CT and London, Yale University Press, 1998, p. 1.

XX, está invadiendo el terreno de investigadores más cualificados que ella en el estudio de este período. Lo cierto es que a veces —este libro lo demuestra— merece la pena adoptar una perspectiva de conjunto, y que los conocimientos de la autora sobre el mal virginal, enfermedad que lleva investigando durante muchos años¹⁵, la capacitan suficientemente para llevar a cabo un estudio de tradición clásica sobre el tema. Llama la atención, con todo, que en el completo apartado «How green was green sickness?» (pp. 30-36), habiendo examinado con detalle los matices que la palabra griega *chloros* tenía para el francés Varandal, y habiéndolos relacionado con el empleo que de la palabra *green* hacen los escritores vernáculos ingleses de la temprana Edad Moderna, no se aluda a esa idea tan difundida —no sabemos si bien fundada o no— según la cual la clorosis debería su nombre a un personaje mitológico. Cloris fue el nombre que recibió Melibea, una de las hijas de Níobe, a causa del color pálido verdoso que adquirió su rostro como consecuencia del terror que experimentó durante la matanza de sus hermanos (Apolod. *Bibl.* III 5,6; Paus. II 21,10), recuperando sólo la salud y las energías perdidas al casarse con Nebeo. Por otro lado, como reprochaba María Rosa Lida de Malkiel a Gilbert Highet, en este estudio de tradición clásica se echan en falta los referentes hispánicos, pues los auto-

¹⁵ Cf., por ejemplo, el artículo «Hippocrates, Galen and the origins of the 'disease of virgins'», *International Journal of the Classical Tradition* 2, 1996, pp. 372-387, reimpresso como capítulo 10 de su estudio ya citado sobre Hipócrates.

res españoles citados son escasos, y no figura entre ellos Gregorio Marañón, a quien debemos un interesante trabajo sobre la clorosis¹⁶. Ciertamente es que, al menos según se dice, la clorosis prendió con mayor fuerza entre las jóvenes de países brumosos y húmedos, pero también hubo víctimas de este mal en las regiones meridionales de Europa y en Hispanoamérica. El «mal de luna» al que se refiere Leopoldo Lugones en «Luna de los amorés» —poema incluido en ese magnífico ejemplo de lirismo científico que es *Lunario sentimental* (1909)—, no es más que una forma poética de referirse al «mal virginal»: «La familia, en el otro aposento, / manifiéstame, en tanto, una alarma furtiva / por el tenaz aislamiento / de esa primogénita delgada y pensativa. / 'No Prueba bocado. Antes le gustaba el jamón'. / 'Reza mucho y se cree un cero a la izquierda'. / 'A veces siente una puntada en el pulmón'. / —Algún amor, quizá, murmura mi cuerda / opinión...». Esta muchacha, que, con la costura inacabada, mira hacia el infinito, podría ser la misma que ilustra la espléndida cubierta del libro que reseñamos.

MÓNICA MARÍA MARTÍNEZ SARIEGO

JESÚS LUIS PARADINAS FUENTES, *Humanismo y educación en el Dictatum Christianum de Benito Arias Montano*, Huelva, Universidad de Huelva (Bibliotheca Montaniana,

¹⁶ G. Marañón, *El problema de la clorosis. ¿Ha desaparecido o no ha existido jamás?*, Madrid, Instituto del Libro Español, 1936.

12), 2006. 232 pp. ISBN 84-96373-83-5.

Para comprender y asir de una forma correcta una época histórica determinada, así como a los personajes que la habitaron y dieron forma, es imprescindible definir cuáles fueron los componentes y exigencias de su formación educativa. La instrucción constituye una fuente documental de gran importancia para la definición del pensamiento. Tomado un punto en concreto de la línea espacio-tiempo, en este caso el Humanismo español del siglo XVI, se podrá definir cuáles fueron los hechos, escritos, personajes y pensamientos que han desembocado en la etapa a estudiar, conformándola y definiéndola. Y a su vez nos indican cuáles fueron los deseos, políticas y necesidades que plantearon un «plan de estudios» dado, así como cuáles fueron las bases de los acontecimientos y pensamientos futuros. Bien es verdad que, en un alto número de ocasiones, la enseñanza trascendental se realiza directamente de maestro a discípulo. Pero los programas educativos predisponen al resto del pueblo para la asimilación o adaptación de las ideas de los grandes pensadores.

El estudio que nos ocupa afronta la historia de la educación de una forma didáctica. Establece desde un principio cuál es su marco y la definición de los conceptos. Su noción de «Humanismo» se aleja de interpretaciones reduccionistas, simplistas o exportadas. Entiende el humanismo hispánico con unas características propias, diferentes a las italianas y a las del Norte de Europa, pero sin duda con puntos de convergencia, enmarcándonos perfectamente su estudio y finalidades. Para el autor, el

Humanismo «religioso y bíblico» que se instauró en la Península hizo que la enseñanza partiese del texto bíblico y se enfocase en la construcción moral del hombre, nutriéndose para ello de la tradición judía afincada en nuestro país desde hacía siglos y que ayudó a definir el carácter propio del Humanismo hispánico, como se ha dedicado a resaltar, entre otros, el autor de la obra que nos ocupa en sus anteriores trabajos.

Enfocado a una correcta comprensión, el volumen se compone de tres partes claramente diferenciadas. La primera parte establece y define el lugar que ocupa el Humanismo en España con respecto al italiano y a los del Norte de Europa. En la segunda se analiza el *Dictatum Christianum* de Arias Montano desde una perspectiva novedosa, la de «tratado de educación», haciendo hincapié en su finalidad moralizadora y conformadora del espíritu cristiano. Por lo tanto, el estudio de la Antigüedad, en el caso hispánico la Biblia, no constituye un fin en sí mismo, sino que establece con su estudio un asiento conceptual enfocado al conocimiento del hombre y a su elevación moral.

Ampliando los estudios del autor anteriormente publicados sobre la Cátedra de Latinidad de Aracena, fundada en 1597 por Arias Montano, la tercera parte de la obra se enfoca hacia la práctica y el desarrollo de esta institución, en la que el *Dictatum Christianum* era un libro de obligada lectura para sus alumnos, aportando datos sobre el devenir de la Cátedra, provenientes del Archivo Municipal de Aracena y del Archivo Diocesano de Huelva, inéditos hasta la fecha.

RAÚL LÓPEZ LÓPEZ

ANTONIO PRIETO, *Imago Vitae (Garcilaso y otros acercamientos al siglo XVI)*, Universidad de Málaga, 2002, 177 pp. ISBN 84-7496-924-7.

En *Imago vitae (Garcilaso y otros acercamientos al siglo XVI)* nos ofrece Antonio Prieto una miscelánea de trabajos en torno a la literatura hispánica peninsular del período renacentista. El libro lo publica la Universidad de Málaga, que fue su primer destino oficial recién ganada la Cátedra de Literatura Española. En el «Prospecto» (p. 5) manifiesta sentir una especial alegría por retornar a la institución que le acogió durante aquellos años por medio de este volumen, que él mismo define como producto de su labor docente. Los seis estudios, que versan sobre aspectos y géneros variados de la producción literaria quinientista, aportan, no en vano, interesantes directrices para abordar en clase las letras de este período.

El primer artículo, «El mundo caballeresco carolino» (pp. 9-29), nos sitúa en el ambiente y la época de Carlos V, refiriendo la particular convivencia que se produjo entre realidad histórica y literatura a lo largo de su reinado. Se hace en él referencia al mundo real y al mundo ficticio de aventuras que, de oídas y por medio de lecturas, compartieron el Emperador y los soldados que le servían, animados muchos de ellos en sus empresas bélicas, por los conceptos de honor y gloria que proclamaban los libros de caballerías. Aunque el autor alude al hecho evidente de que nuestro mundo del siglo XVI está también protagonizado por centenares de personajes ajenos al universo caballeresco carolino, no se propone en este capítulo ofrecer una estampa total del mismo —que

hubiera supuesto aludir a los debates religiosos y a la vida económica peninsular— sino centrarse en «ese mundo de ideales caballerescos y renacentistas que vivió Carlos V [...] y del que participó por familia y educación humanista Garcilaso» (p. 26). El segundo capítulo, y el más largo del libro, titulado «El mundo poético garcilasiano» (pp. 31-91), se divide en tres bloques. Tras unas palabras preliminares, la primera parte se refiere al tiempo histórico de Garcilaso, esto es, a la relación entre sus circunstancias vitales y su obra poética. La segunda, titulada «*Imago vitae*», que traza una serie de comparaciones entre Garcilaso y Petrarca, explica que si el italiano compuso y ordenó sus epístolas latinas para hacernos llegar una idea concreta de su vida, Garcilaso, aunque, al contrario que Petrarca, propone una historia de amor esencialmente laica, pasa también a la historia con la imagen que de sí mismo quiso dar, la del amante imposible de Isabel Freire. No en vano, «la más enamorada e intensa poesía de Garcilaso es una expresiva manifestación del valor de la palabra poética contra lo imposible» (p. 48). El tercer apartado, «Una poesía *in ordine*», nos ofrece una propuesta de ordenación de la poesía de garcilasiana como un *Cancionero*. Según Prieto, dispuesta *in ordine* —es decir, con alternancia de formas métricas al modo de Petrarca y de Boscán— avanza progresivamente tanto en su argumento como en su expresión: «Quebrantar este orden de cancionero por seguir un sistema de agrupaciones métricas, como siguió Herrera, creo que es perder bastante la *imago vitae* que Garcilaso nos legó en su palabra poética» (p. 90). El tercer capítulo —«Tres